

## CONCLUSIÓN

Parece evidente, por los mismos hechos, que alguna condición especial tuvo que darse en la parte occidental del Imperio durante el siglo IV para que el grado de inestabilidad política resultase tan visiblemente elevado, sobre todo si se compara con la relativamente tranquila perspectiva que en ese mismo aspecto nos ofrece el Imperio de Oriente. Restando la usurpación de Procopio en 365, que para muchos fue simplemente una secuela del reinado de Juliano y de la extinción de la casa de Constantino, y una “usurpación” en Chipre el año 334 que ha pasado desapercibida por lo insignificante, **las tropas del Este romano permanecieron esencialmente tranquilas durante la mayor parte del siglo IV, una vez finalizadas las convulsiones de las luchas tetrárquicas en 324.** Por el contrario, y sin tener para ello en cuenta los acontecimientos en las provincias africanas, la evolución del Oeste resultó completamente diferente, empezando por la trágica pugna entre los hijos de Constantino I en 340 hasta el fracaso de la rebelión pagana de Eugenio en 394. **Un interminable rosario de usurpaciones, deposiciones, y asesinatos de emperadores recorre la historia de esas tierras durante toda la centuria;** algunas veces se trató de simples conatos o incluso sublevaciones de hecho provocadas por complots políticos como las de Silvano, Nepociano o Vetranio, en cambio otras veces se vio el establecimiento de auténticos Imperios paralelos, que aunque no llegaron a equipararse en poderío y extensión temporal al Imperio Gálico o al reino de Zenobia en el siglo III, sí se enseñorearon de Occidente al completo durante un espacio de años significativo, accediendo a un control total y absoluto de todas y cada una de las facetas del gobierno romano, como el establecimiento de cónsules propios o la acuñación de moneda. Tales fueron los casos, por ejemplo, de Máximo y Magnencio. A

la hora de razonar y ofrecer formulaciones plausibles para dar una explicación a este fenómeno, en el que pueden entrar muy variadas y complejas consideraciones, no cabe si no separar los diferentes aspectos de la política y el poder, así como la economía, la religión y las mentalidades, pues todos estos factores debieron aunarse en diversas proporciones para configurar el resultado final, que no es otro que un siglo de historia convulso y ahogado en sangre.

Sin duda, uno de los factores principales, como lo será también posteriormente en el siglo V, será la escasa atención que durante espacios de tiempo considerables se depositó desde el poder central sobre algunas áreas periféricas. **A menudo la seguridad, las necesidades y los problemas de cierto número de provincias quedaron ignorados o sin resolver, muy especialmente en lo tocante a materias de seguridad y defensa.** Ocupados o incluso obsesionados con otros problemas que consideraban principales, como los asuntos eclesiales, legislativos y económicos, algunos monarcas actuaron negligentemente, aunque no malintencionadamente, con respecto a cuestiones de las que desconocían su alcance o ignoraban su verdadera gravedad. **Se puede considerar que sólo ciertos emperadores enérgicos o laboriosos como Juliano o Valentiniano llegaron a comprender realmente la gravedad de la situación en las fronteras, y cómo era desesperadamente necesario detener el avance del colonato y frenar el abandono de tierras;** los problemas eran tan grandes que resulta complicado aventurar si en verdad se podrían haber resuelto satisfactoriamente, aunque todos los emperadores se hubiesen puesto a ello con igual ahínco. Los estragos y las devastaciones causados por las invasiones bárbaras en el siglo III durante la Anarquía Militar fueron tan importantes y numerosos que en muchas partes la vida urbana, entendida en el sentido romano, simplemente dejó de existir.

**Conjuntamente, las zonas rurales adyacentes quedaron del mismo modo quemadas, saqueadas y desiertas, convirtiéndose en tierras salvajes.** Un buen ejemplo de todo ello lo podemos encontrar en las regiones ilirias, que nunca en época imperial pudieron recuperarse al nivel anterior a 235. Esto resulta especialmente grave porque como es sabido, de esas provincias se podían utilizar grandes fuentes de reclutamiento, que ofrecían al Imperio una buena cantidad de legionarios excelentes, a los que muchos emperadores debieron su poder cuando no su vida. Por ello, no resulta inverosímil que en las provincias periféricas más afectadas o aisladas, como en el caso de la insular Britania, estallasen frecuentemente usurpaciones entre las fuerzas militares fronterizas o de campaña; no era ni siquiera necesario que los urdidores del complot fuesen oficiales superiores o grandes jefes militares, aunque sí era común encontrar detrás o al lado de estos hombres el respaldo y apoyo de algún funcionario civil o burócrata importante. **Las legiones galas y britanas recibieron una reputación de levantiscas durante todo el siglo IV, y como ya hemos dicho, la situación continuó en parte en la centuria siguiente, con el conocido caso de Constantino III.** No obstante, la mayoría de las usurpaciones en la Galia durante el siglo V fueron de otra índole, conjuradas y realizadas por grandes latifundistas y la aristocracia terrateniente; en ellas se pueden ver unos designios políticos diferentes, y en ocasiones un incipiente cariz nacionalista, que aparece ahora por primera vez.

**Pero en el siglo IV nos encontramos principalmente con una serie de militares descontentos frente a su situación o disconformes con la política general del reinado; no hallando otra solución a sus deseos, echarán mano en última instancia de la fuerza de las tropas bajo su mando haciéndose partícipes en una interesada complicidad de ciertas figuras ambiciosas e igualmente descontentas del aparato**

**administrativo imperial.** Con frecuencia, la propaganda de estos usurpadores irá dirigida muy marcadamente hacia una pretendida restauración del orden y recuperación de la libertad, refrendada posteriormente con medidas populistas, como reducción de tasas y condonaciones de atrasos<sup>889</sup>. **Otros elementos comunes de estas intentonas, aunque no devengan necesariamente de lo expuesto anteriormente, son las crecientes dificultades económicas de los rebeldes y la existencia de una cierta represión con magnicidios, asesinatos políticos y control militar.** Al parecer, una gran mayoría de los súbditos del Imperio de Occidente, evitaron cuando les fue posible comprometerse de manera categórica y abierta con los usurpadores mientras su victoria final no estuviese asegurada, y quizá por ello esa misma falta de apoyos puntuales les privó de posibilidades mayores de éxito y limitó su existencia a unos pocos años. Las negociaciones de estos usurpadores en busca de reconocimiento por parte de los emperadores “legítimos”, siempre resultó infructuosa. Hasta qué punto la economía occidental, mucho más rural y basada en el latifundio, influyó en la configuración política de estos levantamientos, no podemos medirlo. Pero como ya se ha dicho, el perfil de la usurpación en el siglo IV marca otros derroteros para la explicación de estos fenómenos.

Una característica que siempre se ha señalado para estos tiempos es la peculiar política llevada a cabo en Occidente por los hijos del emperador Constantino I, Constantino II y Constante I. ¿Hasta qué punto fueron los responsables de las convulsiones, que en última instancia acarrearón sus propias muertes? ¿Recibieron el testigo de la forma de gobernar de su padre, o se excedieron al aumentar y distorsionar los elementos de la

---

<sup>889</sup> Consúltense la bibliografía numismática y epigráfica dedicada a Magnencio en su correspondiente apartado.

política que se había llevado a cabo en Occidente desde 307 hasta 337? En muchos aspectos, los hijos de Constantino quizás eligieron una errada política de gobierno, todos ellos posiblemente mal aconsejados y peor guiados por sus mentores civiles y religiosos; nunca se destacará lo suficiente la influencia negativa que en esos príncipes tan jóvenes ejerció la educación que les preparó su padre, el emperador Constantino. Pero por otro lado, el sistema de gobierno imperial que recibieron como legado tras su proclamación como Augustos distaba de funcionar perfectamente y bien, así que ellos se dispusieron (con su mejor voluntad, hemos de creerlo) a tratar de erradicar los problemas que resultaban visibles para todos, aunque su grado de efectividad sea discutible. Parece que Constante estaba descontento con la disciplina (o mejor dicho la falta de ella) y el comportamiento de sus legiones y auxiliares occidentales. No debe olvidarse nunca que, pese a contar con un gran número de soldados galos y britanos, aquí se encontraría una cantidad importante de voluntarios germanos, tropas con distinta raigambre, de nacimiento bárbaro, que creaban una situación enteramente diferente. Pese a la marcada fidelidad y la actuación de esas fuerzas bajo el mando de Constantino, desde 312 hasta 324, debe tenerse presente lo precaria que llegó a ser la situación de este emperador, y lo mucho que debía al valor de sus soldados. No resulta por tanto nada extraño que como agradecimiento recibiesen un trato tremendamente exquisito y privilegiado de su señor. Constante no logró alcanzar ese mismo grado de idolatría que las tropas dispensaron a su padre, y las relaciones comenzaron a hundirse completamente cuando quedó clara la mentalidad del nuevo emperador y su deseo de reducir al ejército a una rigurosa observancia de la disciplina. No obstante, hay que señalar que Constante no era un monarca “antimilitar” al estilo de Nerón; ya se vio anteriormente como resultó un buen comandante y también un gran soldado. **Pero como resulta lógico, las legiones no querían perder**

**su posición privilegiada, y creemos que muy difícilmente serían capaces de comprender los soldados de origen germano los intentos absurdos (a su modo de ver) de su señor para controlarlos de una manera tan estricta; no es algo fácil ni rápido convertir un guerrero bárbaro en un legionario romano.** Ya se ha señalado también como el ejército del usurpador Magnencio estaba plagado de unidades de especialistas germanos. Es perfectamente comprensible que estas fuerzas apoyasen en masa a un nuevo líder que resultaba popular para ellos, les daba amplios privilegios nuevamente en su situación y, marquemoslo muy especialmente, resultaba tremendamente próximo por su linaje y condición. Desde este punto de vista, Constante libraba una guerra perdida desde el principio; y como contrapeso, no fue capaz de amalgamar entorno a su persona otras fuerzas vivas de sus dominios, y la propia actitud irresponsable, permisiva y cruel, sumado todo ello a sus no disimuladas apetencias sexuales, le privó finalmente en la mayor parte de sus dominios de apoyo o simpatía alguna. Realmente, resulta contraproducente comprobar como, mientras por una parte quería hacer a las tropas regresar a la disciplina más estricta, por otra daba rienda suelta a su círculo de amistades para llevar a cabo todo tipo de excesos. Aunque en principio tuviese buenas intenciones y siguiese un plan serio, la propia magnitud de la tarea a cumplir y su comportamiento pleno de contrastes labraron su destino final.

También cabe preguntarse hasta qué punto la política religiosa en contra de la religión antigua, desde 342, tuvo algo que decir en la progresiva antipatía que fue generalizándose por todas las tierras occidentales hacia los hijos de Constantino. En una porción del Imperio donde el cristianismo era menos polémico, y la convivencia pacífica por tanto mucho más habitual, las diferentes formas de paganismo permanecieron vivas realmente hasta el

final del siglo V o incluso más allá, en los grandes espacios rurales del interior; las prohibiciones pudieron ser vistas como medidas sorprendentes, cuando no innecesarias, en amplias zonas occidentales donde se practicaban multitud de cultos diferentes sin problemas. Se puede hablar, igualmente, de una tibieza religiosa en el ánimo de los soldados, que pese a su frecuentemente mencionada devoción a Mitra, no tenían problema por otra parte en seguir a sus señores bajo los nuevos símbolos cristianos o en asistir y participar en sacrificios paganos realizados públicamente en los ejércitos de Juliano o Maximino Daya. En cualquier caso, los monogramas imperiales y el culto religioso quedaron enmarcados durante largos años en una simbología muy ambigua, como la apoyada en el monoteísta Culto Solar, habitual en los emperadores desde cien años atrás. Pero cuando la cuestión llega a las poblaciones urbanas y rurales, con la miríada de santuarios menores y grandes templos adaptados y reproducidos por toda clase de paisajes campestres y urbanos, se puede pensar que en cierta medida el celo cristiano o la permisividad de algunos monarcas, por ejemplo, al permitir incidentes aislados o puntuales destrucciones de ídolos, sí incidió negativamente en el comportamiento de la población del Oeste. Al menos eso era lo que opinaba Zósimo, y muy pocas veces se le ha tenido en cuenta, dado su radicalismo; pero fue un contemporáneo absoluto de los hechos, y pese a tamizar su pensamiento con sus creencias religiosas, muchas veces pudo opinar de lo que vio. Por otra parte, el testimonio de autores cristianos como Martín de Braga nos deja un panorama que suplementa y en cierto modo coincide con las opiniones del pagano. Los sacrificios y las ofrendas, tan comunes en la religión romana como en las propias tradiciones ibérica y celta, no podían desaparecer por completo de la noche a la mañana. Incluso después del fracasado *revival* religioso de Juliano, sabemos que en grandes áreas del antiguo Imperio Romano de Occidente, el hundimiento de la administración y la burocracia no se llevó

consigo las tradiciones y modelos prerromanos, que lejos de haberse extinguido, permanecieron en estado latente durante siglos para aparecer ahora con una inusitada fuerza<sup>890</sup>. El mundo tradicional, incluyendo en él las prácticas religiosas más antiguas y remotas con las que la religión romana y griega convivió perfectamente, distaba mucho de haber finalizado. Su fuerza y la raigambre en el pensamiento de las gentes debe ser otro factor tenido en cuenta al analizar la directa y dirigida imposición del cristianismo a partir de las prohibiciones finales de Teodosio. **Factor vital en la rebelión del año 392, donde se vio la última tentativa de acabar desde dentro con el Imperio Romano Cristiano, el paganismo militante que entonces llevaron hasta sus últimas consecuencias personajes como el senador Nicómaco Flaviano, también pudo ser un factor a sopesar en las usurpaciones de 350 y 383, si bien aquellas carecieron de ese tinte de desesperada urgencia con el que se peleó en la batalla del Frígido en 394**<sup>891</sup>.

En último lugar, quisiéramos sopesar el carácter global de las gentes, tanto civiles como militares, que habitaron entonces en el Imperio de Occidente; en la historiografía romana desde Herodiano hasta Amiano Marcelino podemos encontrar descripciones del carácter obstinado, orgulloso, fatalista y rudo de los soldados del Oeste, tanto galos como britanos; actualmente, todavía no se pueden contemplar sin sentir asombro y aún estupor las descripciones y relatos existentes de batallas como la acontecida en Mursa en 351. **El ánimo lleno de coraje y la consideración de luchar hasta la destrucción con desprecio del peligro solía ser norma, y las lacras que**

---

<sup>890</sup> Cf. J. HEERS, *Historia de la Edad Media*. Barcelona 1979, pp. 17 y 31; que se basa en los estudios pormenorizados de L. MUSSET.

<sup>891</sup> H. HARTKE, *Geschichte und Politik im Spätantike Rom*. Leipzig 1940, defiende que realmente la Historia Augusta fue confeccionada y escrita justo en esos momentos (394-398) por algún erudito pagano del senado romano, con el fin de lograr el perdón de los emperadores Teodosio y Honorio para los conjurados.

**sin lugar a duda se encarnaban en una batalla campal de la Edad Antigua, eran observadas con indiferencia glacial e incluso desafiante por las legiones del Oeste;** sabemos que los guerreros celtas gozaban de una reputación excelente en combate ya desde los tiempos de los cartagineses, y que resultaron de vital importancia en el ejército mercenario de Aníbal. Pero más allá de todo ello, se encontraba la causa y la razón profunda de cada comportamiento, que se puede encontrar en la estructura mental y la forma de ser de estas gentes. Se puede comprobar como sintieron un gran afecto hacia Juliano, mientras que por otra parte mostraron un notable desencanto hacia los hijos de Constantino que a veces rayaba en el desdén. A la hora de relacionarse con súbditos, y súbditos de estas características, un monarca debería estudiar cuidadosamente la forma de causar la imagen adecuada para lograr ser contemplado positivamente, y parece que la pompa asiática, los grandes personajes palaciegos y la vacuidad de las cortes constantinianas, con unos soberanos hieráticos y distantes, portadores de una gran majestad, fueron recibidos con desagrado en el Oeste, donde el pueblo era quizá más llano, y si se quiere más rudo o simple. La gran defensa que realiza Amiano Marcelino de ese tipo de monarcas puede ser válida para el Oriente de donde él era originario, pero nos parece que no comprendió el carácter de las gentes occidentales, que por el contrario admiraron sin reparos a Juliano por esa conducta que él le critica tanto. En definitiva, esto no era ni más ni menos que una diferencia cultural, quizá muy fácil de apreciar ahora que han pasado muchos siglos desde entonces, pero que en ese momento los propios protagonistas no supieron ver o comprender.

Normalmente se ha planteado la acusación contra el César de defender los valores del pasado en una dicotomía que siempre lo enfrenta directamente con la visión realista y estratégica de otros emperadores, principalmente Constancio II. En primer lugar cabría decir que Juliano, como César de Occidente, no siempre fue un agresivo general dedicado únicamente a masacrar a los bárbaros locales para después agredir a los pueblos germanos del otro lado del Rin. Aceptó poblaciones enteras de francos en territorio romano, como venían haciendo muchos emperadores desde Probo, y otras veces permitió a grupos derrotados regresar a sus poblados en zona bárbara, cuando podía haberlos aniquilado si solamente quisiese obtener réditos políticos, o reclutar un ejército personal. Esta actitud, que variaba según las consideraciones estratégicas sopesadas en cada momento, no tiene nada de beligerante. Pero en todo caso, siguiendo esta formulación, deberíamos examinar la posición que normalmente ha sido alabada como desapasionada y fría, de monarcas contemporizadores como Constancio II, que todo sea dicho, fracasó en todas las guerras exteriores que se vio obligado a librar; salvo algunos éxitos locales en el Danubio, Constancio perdió tres guerras con Persia, si bien de consecuencias leves, y dejó a la diócesis gala abandonada a su suerte, cuando no más hundida aún, provocando con sus órdenes invasiones de alamanes desde el norte. Como vemos, la política de integración sin acción militar previa se basaba principalmente en el soborno mediante pago de tributos, y se puede decir que nunca funcionó; desde un reinado tan temprano como el de Domiciano podemos comprobar como esos tratados dependían enteramente de la buena voluntad del caudillo bárbaro, y que una vez recaudados los pagos de parte del estado romano, era muy libre de incumplir lo pactado y continuar con sus correrías y saqueos, como fue el caso de Decéballo. La disposición en ciertas zonas danubianas e italianas de elementos derrotados en batalla

como alanos o godos, realizada ya por Claudio II y Aureliano, podía ser un método eficaz de repoblar zonas rurales desiertas y de paso habilitar nuevas fuerzas defensivas para la seguridad del Imperio, pero de hecho el asentamiento masivo de pueblos germánicos como federados fue uno de los factores que provocaron la caída final del Imperio Romano de Occidente. Tras una timorata campaña en 354, Constancio se desentendió de los asuntos del Oeste designando a Juliano como su representante en esas tierras, y no regresando jamás a una parte del Imperio donde su reinado había sido desafiado con frecuencia. La actuación del César debe sopesarse teniendo en cuenta estas premisas.

Juliano, como se ha comprobado por las fuentes, disfrutó del afecto de sus súbditos, saboreó las mieles del triunfo y jamás perdió una batalla; sus contemporáneos, incluso muchos cristianos, le recordaron siempre como un buen general. **Liberó la Galia de bárbaros, y mejoró el orden y la prosperidad de los provinciales, especialmente los más modestos, en la medida que le fue posible, con una reforma fiscal justa y equitativa. Jamás hizo la vista gorda ante los desmanes y abusos de los poderosos, como era costumbre frecuente en Constancio.** A la vez, fue perfectamente consciente de cual era la situación a la que se enfrentaba y de cómo se vivía en tan tumultuosa época, y trató de poner manos a la obra para solucionar los problemas; nadie puso más empeño que él en insuflar nueva vida a las decadentes curias para que las ciudades floreciesen de nuevo, sobre todo en el griego Oriente. El único inconveniente reside en que actuó conforme a sus propias ideas y creencias, que posiblemente no eran respetadas o compartidas como hubiese deseado, pero siempre actuó con el ánimo de realizar lo más provechoso para el Imperio.

En sus evoluciones durante su mandato como César puede apreciarse que persiguió básicamente tres objetivos, expulsar a los bárbaros, recuperar los cautivos romanos y reocupar y fortalecer las posiciones defensivas del Rin, bien recuperando fuertes y castillos ya existentes, bien reocupando viejas posiciones abandonadas o incluso construyendo algunas *ex novo*. Seguramente se ocupó también del estado de las vías de comunicaciones de las provincias y de los caminos militares que podían formar útiles líneas interiores entre las diferentes torres de vigilancia y los distintos fuertes; sabemos que los graneros y el aprovisionamiento fueron siempre su prioridad. Una campaña militar fue dedicada casi enteramente en reabrir las comunicaciones con la gran isla britana justamente para que el transporte naval de grano, barato y rápido, pudiese llegar de nuevo desde allí para alimentar a su ejército sin tener que esperar a los convoyes que llegaban lentamente desde el sur, con un coste mayor. **Logísticamente hablando, Juliano fue un general minucioso que cometió pocos errores, y en esos casos se debió más a cálculos demasiado optimistas antes que a negligencias en sí.**

Todo su programa de obras, que por supuesto era muy ampliable y de hecho fue aumentado y mejorado por Valentiniano, demuestran cómo las fronteras del Imperio eran atendibles y podían proporcionar una protección correcta si las tierras estaban pobladas y cultivadas, y las vías fluviales, los caminos, y las rutas marítimas se conservaban despejadas y en perfecto estado. **Debe recordarse que el sistema de posta imperial y las torres de vigilancia y señales permitían un control eventual del territorio realmente avanzado y completo para la época.** El único problema que queda a la hora de hacernos una idea más concreta y ponderada del estado general del *limes* renano viene del gran desconocimiento existente aún hoy del tamaño de las unidades que formaban las guarniciones concretas de los

castillos, fuertes, fortalezas y cabezas de puente fortificadas durante este periodo; un estudio más exhaustivo de las habitaciones interiores en los yacimientos dará sin duda más información sobre esta cuestión en el futuro, aunque no podrá ofrecer seguramente respuestas categóricas; tampoco las tenemos de la *Notitia Dignitatum*. Tampoco sabemos, en ese sentido, qué necesidad espacial tenían las diferentes unidades militares romanas que se hallaban acuarteladas en la frontera; no podía ocupar lo mismo una cohorte de infantería ligera, un grupo de exploradores o un *ala* de caballería integrada por catafractos. Quizás se podría relacionar los nuevos tamaños de los fuertes (ovoides, trapezoidales, irregulares en numerosas ocasiones) con la identidad de los soldados o unidades que le servían de guarnición, pero lo más posible es que la nueva forma de las defensas y las cada vez más prolijamente añadidas torres circulares y bastiones protegiendo los ángulos muertos de las murallas tengan más que ver con el aprovechamiento de las capacidades de resistencia de los materiales y la ingeniería militar dedicada a enfrentarse a una incipiente guerra poliorcética bárbara, que como bien sabemos aún evitaban en situaciones normales estos años tanto alamanes como francos. En cualquier caso, las torres de señales y las de vigilancia abundaban enormemente en las regiones fronterizas, y por ello se puede discernir una idea bastante aproximada del gran número de unidades que tuvieron que desgranarse para mantener tanto aprovisionado como dotado una cantidad de edificaciones tan grande, vitales por otra parte para que el control del extenso territorio fuese efectivo. Esta red de torres comenzó a estructurarse en el siglo III y ya en el Imperio Gálico estaba plenamente establecida, siendo una tarea más de los gobernantes de aquél estado preocuparse de su guarnición y mantenimiento con hombres y material; tanto en las construcciones defensivas realizadas como por su empeño en derrotar a los bárbaros sobre el terreno para expulsarlos si fuese posible, podemos

comprobar el celo con el que los emperadores gálicos llevaron a cabo su deber de pelear por los territorios que ocupaban, al menos militarmente.

Cuando todo lo básico para que sus tropas funcionasen estuvo en orden, Juliano pudo desplegar a su ejército para realizar las verdaderas misiones, y en estas circunstancias supo colaborar razonablemente bien con los subordinados elegidos por su propia persona, ya que con los enviados por Constancio cualquier tentativa de entendimiento redundó en fracaso. En lo referente a los soldados, difícilmente se hubiese podido imaginar una relación mejor, especialmente con esas legiones ciertamente complicadas de tratar; serios problemas ocurrieron dos veces en los últimos cinco años, causados por rebeliones de esas fuerzas. Por supuesto las tropas eran muy libres de expresar su opinión, tanto para quejarse como para alabar a su César; del mismo modo que le insultaron por su imprevisión en 358 el año anterior pidieron encarecidamente que los dirigiese a la batalla campal contra los alamanes. Igualmente, ellos proclamaron a Juliano en 360, proporcionando a su nuevo señor un simulacro de corona y alzándolo en un escudo, forma realmente inusual de proclamar a un emperador romano. Las legiones gálicas gozaban pues de iniciativa propia, pero el César logró su fidelidad con una mezcla de amable persuasión y sencillez en el trato, aparte de ofrecerse siempre como ejemplo en las tareas cotidianas; tales actos desde siempre redundaron en un considerable afecto, o respeto, de las tropas por sus superiores, y en esos momentos Juliano también lo consiguió.

Porque un punto importante dentro de su éxitos viene reflejado el la excelente calidad del material humano que comandó, como ya hemos dicho. **Una mezcla justa y ponderada de tradiciones germánicas, romanas y galas crearon una aguerrida y combativa fuerza que realizó**

**con excelentes resultados múltiples y muy variadas misiones: vigilancia, seguimientos, espionaje, secuestros, batalla abierta, combate, cruce de ríos y bosques, guarnición, comandos, ingeniería militar...nos encontramos frente al versátil soldado del siglo IV, quizá en la mejor de sus versiones.**

Después de mencionar continuamente durante todo el trabajo a los soldados de Juliano como “soldados galos”, se debería hacer un inciso aquí para mencionar a los que no tuvieron tal origen, y a buen seguro tuvo que existir un buen número de ellos, puesto que muchas legiones no étnicas o ilocalizables ya por el siglo IV podían tener una extracción completamente diferente. Pongamos por caso a los *Primani*; protagonistas incontestables de la jornada de Estrasburgo en 357, sería muy importante recalcar de nuevo su actitud y formación en el campo de batalla, aguantando “como torres”, haciendo una pared de escudos, y a buen seguro atacando con la punta de la espada sobre adversarios ya decididos a causar el mayor daño posible, mostrando los flancos descubiertos para descargar grandes golpes sin pensar en defenderse. Sopesando conjuntamente todas sus muchas virtudes que se nos ofrecen en el relato fidedigno aunque dramatizado de Amiano, con la excepción del momento culminante del encuentro, en el que perdieron su posición persiguiendo imprudentemente a los alamanes en fuga, el comportamiento global de esas tropas las hubiese convertido en dignos legionarios de Escipión o Julio César. Sólo al final desatendieron su cometido, mostrando por ello una pequeña falla en su disciplina. Sin querer justificar este particular, recordaremos simplemente lo mucho que había cambiado el soldado romano desde los tiempos del Principado y la República, con lo que semejantes pequeños errores era lo mejor que se podía esperar. En cualquier caso, puede comprobarse como después de sufrir por una jornada bélica agotadora y llena de tensión, estos soldados de

infantería pesada tenían fuerzas aún para correr y deseos de llevar esa persecución hasta el final. Unos legionarios tan animosos, y si se quiere tan comprometidos, se imaginan difícilmente sólo veinte años más tarde pidiendo a Graciano permiso para dejar de llevar las cotas de malla y los pesados escudos.

**Por desgracia para el Imperio, esta selecta infantería de Occidente ya por aquél entonces tocaba a su fin.** Desde la jornada trascendental de Mursa, donde esas praderas se tiñeron de sangre en un atardecer de muerte en la que se puede considerar una jornada aciaga para el ejército romano tardío, hasta las invasiones de francos y burgundios entrado ya el siglo V, los continuos golpes de las guerras civiles y las invasiones de pueblos bárbaros agotaron de manera rápida y casi constante el potencial de las legiones occidentales, que nunca pudo ser recuperado al ritmo necesario por la sucesión de los conflictos y la falta de tiempo y dinero para reclutar y entrenar adecuadamente a nuevas formaciones; se avecinaba ya la época de enrolamiento masivo de *foederati*. **La falta de soldados entrenados se hizo crónica al principio, y letal al final.** Gobernantes capaces como Teodosio o Constancio III llegaron a evitar decididamente el riesgo de una batalla campal a no ser que gozasen de unas condiciones abrumadoramente favorables. En ese sentido, fueron mucho menos afortunados que Juliano, porque sus soldados no eran de fiar tanto por su adiestramiento deficiente como por su dudosa fidelidad (y profesionalidad). Desde ahora las batallas se harán más raras y encontraremos dentro de poco la famosa máxima del estratega Mauricio que define una victoria en una batalla campal “más como una demostración de buena suerte que de pericia”. El pensamiento en sí no es incorrecto, y de hecho hemos mencionado ya como los planteamientos militares del mismo siglo XIV se confeccionaban en base a Vegecio y no a Julio César; los mismos generales de la Guerra de los

Treinta Años, tanto católicos como protestantes, gustaban en su mayoría de una guerra más asequible y segura de agostamiento en pequeñas escaramuzas y sitios, donde el papel del aprovisionamiento (y las pagas) era nuevamente vital. **Todo ello viene a decir que la infantería entrenada y veterana siempre se ha tratado de un bien extremadamentepreciado y escaso;** Tilly perdió a sus veteranos en Brteitenfeld (1632) y doscientos años después Lee en Gettysburg (1863), con lo que desaparecieron sus opciones de ganar sus respectivas guerras. En el Imperio Romano, las batallas de Mursa para Occidente o para Oriente Adrianópolis, resultaron esencialmente semejantes. Todavía en Chalons en 452 la infantería romana resultó decisiva a la hora de derrotar a los hasta entonces invictos hunos, pero se trataba ya de un contingente muy escaso.

La desaparición paulatina de las unidades más profesionales y entrenadas conllevó a su vez dos nuevos problemas, a la vez gravísimos e imposibles de solucionar: se tuvieron que reclutar contingentes de bárbaros de dudosa calidad y lealtad y también drenar las tropas de las guarniciones, que posiblemente no estaban preparadas para actuar al mismo nivel de exigencia que las tropas desaparecidas, y se vieron súbitamente ascendidos en su rango, atribuciones y exigencias (los *pseudocomitatenses*), mientras que las formaciones militares fronterizas quedaban reducidas cada vez más hasta desaparecer finalmente por completo en algunos puntos del *limes*. **Eso significaba en última instancia que los grandes esfuerzos fortificadores de todos los emperadores que realizaron obras defensivas para acondicionar las ciudades, castillos, torres y caminos en las ciudades resultaban irremisiblemente ineficaces al quedar éstos desguarnecidos, desprotegidos y abandonados.**

Sobre la proclamación imperial como Augusto de Juliano en Paris, en la que eventualmente fue elevado al rango superior por sus propios soldados, todos los elementos del controvertido suceso han sido expuestos conforme aparecen en las fuentes. **La verdad total y absoluta de los hechos acaecidos aquella noche o aquellos meses, nunca podrán conocerse del todo.** Es muy cierto que Oribasio viajaba libremente por las ciudades de la Galia, y que quizá incluso pudo moverse también por Hispania; el pasaje de Eunapio en el que se le da toda la importancia (y la responsabilidad) sobre la proclamación de Juliano es conocido. ¿Fue acaso Oribasio para Juliano lo que el conde Marcelino para Magnencio? Nos inclinamos a pensar que no, dadas las grandes diferencias entre los hechos eventuales y los mismos personajes. ¿Estaba entonces Oribasio solo? ¿O era la cabeza -o un miembro más- de la “camarilla pagana” de la que se ha hablado? Nos parece exagerada la gran importancia proporcional que se ha otorgado a este grupo de estudiantes y teúrgos de los círculos íntimos del emperador en su presunto complot para sublevar a las legiones gálicas; realmente, y pese a los grandes conocimientos de filosofía neoplatónica que atesoraban ese grupo de personajes, la idea de poner en pie de guerra en una noche a un grupo de soldados que podía oscilar entre los 8000 y 10000 elementos, nos parece una tarea de proporciones casi “mágicas”, más digna de fabulosos obradores de prodigios que de un grupo de conspiradores. ¿Recibieron entonces la ayuda de la oficialidad o de una parte de ella? Indiscutiblemente, de ser de ese modo se les hubiesen facilitado mucho las cosas. Aun así, debemos contar con la posibilidad de que algunos grupos de oficiales fuesen favorables a Constancio, o que en cualquier caso se tratase de hombres íntegros ligados a su juramento al emperador, y dispuestos por ello a defenderlo hasta la muerte o en cualquier caso a impedir que se discutiese su autoridad suprema de esta manera. Si de veras existió tal complot entre la oficialidad, ¿no hubiese sido muy posible que, durante

tantos años, alguna noticia llegase, aun por indiscreción o mero error, a los oídos de los fieles al Augusto? Por otra parte, habría que descartar casi de inmediato a la alta oficialidad, pues como es sabido la mayoría de esos cargos (salvo Nevitta, y éste se produjo una vez consumada ya la ruptura), fueron elegidos directamente por Constancio: Marcelo, Severo, Ursicino, Barbati6n, Lupicino...

**Llegando a este punto, cabe plantease tambi6n la idea de si fue una rebeli6n de la soldadesca completamente imprevista y espont6nea; a nuestro entender, los mismos libelos depositados junto a los estandartes y repartidos entre los campamentos de campaa prueban efectivamente que no.** Pero est6 claro que el catalizador de tal situaci6n inestable vino dado en la noticia del ingrato e inminente traslado que enerv6 los nervios de la tropa. La verdadera intenci6n de Constancio a la hora de semejante demanda de fuerzas militares tambi6n se nos escapa, a pesar de que se ha hablado de celos, envidia, traici6n e incluso de repetir con Juliano el mismo final que con su hermano Galo, pero debemos descartar todos esos planteamientos como meras hip6tesis. Es muy posible que Constancio actuase de buena fe, o simplemente ejerciendo los derechos sobre su subordinado como le era leg6timo. Pero en cualquier caso, de existir alg6n tipo de conjura o complot, el mismo emperador encendi6 la chispa para prender la mecha con esa medida tan desmesurada e insensata de trasladar m6s de la mitad de las fuerzas de campaa del Oeste del Imperio a una guerra en la lejana frontera oriental. **Si los presuntos conspiradores necesitaban una excusa o pretexto para crear inestabilidad, el propio Constancio se lo ofreci6.**

Por último, hay que destacar que Juliano, en su posición agresiva frente a los bárbaros, su manera de enfrentarse también a los problemas interiores, el enfoque de los variados conflictos religiosos, la delincuencia interna y la corrupción, muchas veces no fue tan duro o riguroso; Amiano Marcelino dijo de él que *“utilizaba la espada más para amenazar que para herir”*<sup>892</sup>, y realmente tal fue su actitud casi siempre. **En lo militar, cabe añadir, nunca fue partidario de un expansionismo imposible, pero sí quiso asegurar las áreas fronterizas adyacentes a las tierras romanas mediante pactos y campañas preventivas que por fin dejaran todo su tiempo libre para las grandes reformas interiores que tenía en mente**<sup>893</sup>. Su deseo era incapacitar a los enemigos exteriores para que no pudiesen realizar más invasiones o incursiones que amenazasen la prosperidad y la estabilidad del Imperio. Sin lugar a dudas, esa fue su motivación cuando planeó su gran expedición a Persia.

---

<sup>892</sup> Cf. AMIANO MARCELINO XXV 4, 8.

<sup>893</sup> Recordemos que tras su reconocimiento como Augusto único llevó a cabo esa misma política defensiva exitosa también en la frontera danubiana (Cf. AMIANO MARCELINO XXII 7, 7).